

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 61
Extraordinario

CON LA
CORRIENTE



50 céntis.

Protagonista:
PRISCILLA DEAN

Revista Semanal

DRIFTING 1923

Con la corriente

Argumento de la extraordinaria película de ambiente chino, «Joya Universal», así titulada. Exclusiva «Hispano American Films»: Valencia, 233.

PROTAGONISTA: PRISCILLA DEAN

I

En la gran ciudad de Shanghai, entrada a la tierra del loto y de la amapola, los hombres de raza blanca se esfuerzan por conocer todos los misterios del Oriente, exóticos y despertadores de la curiosidad; y se junta a su deseo de penetrar en ellos la atracción que ejercen. El hombre de raza blanca es, ante los misterios sugestivos de Oriente, lo mismo que una mariposa a la que atrae la luz de una lámpara, en la cual, al fin, se quema.

Desde el «Gran Hotel», donde todos los viajeros reposan del largo viaje, un ciento de caminos, a través de calles estrechas, tortuosas, en pendiente como un calvario y combas como una hoz, llenas de gritos y de ruidos extraños, llenas de un gen-

ño enorme y pintoresco, conducen al laberinto donde con los misterios hay placeres fáciles y complicados. Por doquiera, en el laberinto, se respira una atmósfera rara, en la que abundan también los placeres fáciles, como asimismo los sueños seductores, que son los que atraen a más gentes de todas las partes del mundo.

Ciudad china, costumbres raras, ambiente confuso, exóticas maneras de vivir, mundo nuevo para todos los hombres de otras razas. Oriente. Sol abrasador, luz resplandeciente, pereza, flores que tienen un perfume penetrante e invitador al des canso sin fin. Indolencia, sensualidad, esa especie de anodamiento del semisueño.

Donde la carretera de Yangsti se pierde entre mal olientes callejuelas, en pleno laberinto de la vida de placeres fáciles, se encuentra el Café Parísien, llevado allí por la civilización europea para, junto con las costumbres de placer de la raza blanca, ofrecer también el que es característico de China.

Refugio propio de gentes maleantes, de aventureros y de cocottes, de hombres que viven a salto de mata y de mujeres galantes.

En aquel café, cualquiera, sea de donde sea, puede pedir su bebida favorita. Allí hay de todo. Nada falta. Las bebidas y tabacos del lejano Occidente, las de los dos polos, las propias del país, el opio, el *haxichich*, todo, absolutamente todo puede pedirse. Nada hay en el mundo mejor surtido que estos cafés de índole internacional, donde todo está dispuesto para arrancar el dinero al cliente o parroquiano que llegue en busca de cierto aquietamiento físico.

Cuando comienza este relato, era por la tarde, en esas horas lánguidas que preceden, en todos los

laberintos de las grandes ciudades y especialmente en las de China, a la febril corriente de la vida nocturna, pues que es por la noche cuando en estos barrios de placer, y en los cafés instalados en estos barrios, se vive más ardientemente, más ruidosamente.

La dueña del café, una parisien cargada de joyas y de brillantes, no cesaba de dar vueltas por todos los departamentos del establecimiento, tanto para cerciorarse de que todo estaba en orden, cuanto por ver la clientela que se disponía a pasar allí la noche.

En medio de aquel ambiente chino, aquella mujer sabía desenvolverse con una facilidad pasmosa. Y llamaba grandemente la atención al verla tan desenvuelta, tan atenta a los cuidados de su negocio.

En uno de los reservados del café se hallaba una pareja, disputando en voz alta y colérica. Aquellos gritos no estaban muy en armonía con el ambiente del café, lleno continuamente de gentes parásitas, las cuales, por el hecho de permanecer siempre inactivas, nunca alzaban la voz para nada.

Aquella pareja sí gritaba. Se veía que algún negocio importante era el origen de su ruidosa disputa.

Ella era una mujer alta, guapa, elegante, arrogante y de una belleza serena y majestuosa. Con la cólera, estaba imponente y más bella aún que de costumbre. Hay muchas mujeres a las cuales la cólera embellece de un modo extraordinario.

Se llamaba Cassie Cook y se dedicaba a un negocio raro: era vendedora de sueños. Es decir, negociaba en opio. Su vida en Oriente, desde este momento en que la presentamos al lector, es lo

que vamos a relatar. Ella es la protagonista de este episodio de ambiente chino.

El era un hombre alto, robusto, bastante feo y antipático. Un excelente tipo de aventurero. Se llamaba Julio Rapin y se había encontrado con Cassie, a la que los chinos llamaban «Princesa de las amapolas», en Hong-Kong, donde fueron durante mucho tiempo competidores. Ahora eran ya socios.

La compañía en el negocio, se ve que, por lo menos en aquella ocasión, no había dado muy buen resultado. De aquí la disputa.

Cuando ya se hubieron cansado de gritar, permanecieron un buen rato en silencio.

De pronto, dijo él:

—¿Tienes un cigarrillo, Cassie?

Ella, sin contestar, le alargó lo que pedía. Después, como volviendo al tema de la disputa, exclamó:

—¡Tú, con tu gran cargamento, me produces náuseas!

El la miró con rencor y no repuso nada.

Era claro que Cassie se refería a un cargamento de opio en el cual no quería intervenir. Sin embargo, como se viera apurada de dinero, no sabía qué hacer para salir de su situación. De esto quería aprovecharse su socio para comptometría.

Después de otra larga pausa, dando rienda suelta a los pensamientos que la preocupaban, Cassie murmuró:

—¡Y en buen lío estoy metida!... Hace poco compré gran cantidad de ropa cara, que no he podido pagar aún ni sé cómo pagaré. Dentro de breves días, sin duda, tendré a la policía detrás de mí.

El aventurero aprovechó aquella confesión y exclamó, un tanto alborozado:

—¡Tuya es la culpa! Podías haber ido a Hang-Chow y haber hecho amistades con ese nuevo ingeniero de minas que ha llegado de Inglaterra. Haciendo esa amistad, pronto te habrías enterado de si es en efecto un ingeniero o un espía del gobierno inglés, como sospechamos, que viene a vigilar nuestros envíos de opio y a evitar que lleguen a su destino. Mientras no sepamos quién es, no podemos aventurar el envío de nuestro cargamento.

Ya está aclarado el pensamiento del socio de nuestra protagonista. Quería hacer de la joven una especie de policía solapado. Pero a Cassie, por lo visto, no le agradaba este papel. Sin embargo, antes había hecho cosas quizá peores. ¿Por qué ahora se negaba a aquella mediación que se le demandaba? El alma de las mujeres es un misterio en el que casi nadie ha penetrado.

A todas las razones de su socio, Cassie contestó:

—No he ido ni iré.

—¿Tú que hablas tan bien—añadió él en tono de ruego—le harías confesar en seguida! Tú, únicamente tú, podrías fácilmente enterarte de si es, como creemos, un espía del gobierno inglés.

—¿Podría, en efecto—repuso la joven,—pero no quieto! Yo he concluido ya de intervenir en asuntos de opio.

Ante estas palabras definitivas, Julio Rapin se despidió. Cassie, en seguida, subió a sus habitaciones. Vivía en el mismo café, que era también hotel para ciertos clientes.

Al entrar, se dirigió a un dormitorio que no era el suyo. En la cama, bajo los visibles efectos del opio, había una muchacha, casi una niña, tendida y en esa especie de sopor tan característico del perfume adormecedor.

Era una adolescente norteamericana, llamada Lilhan, una muchacha desgraciada que, tras una temporada de ir errante por el mundo, había caído bajo la protección de Cassie. Aquella muchacha, que era tierna e ingenua como una niña, habíase entrado en el único punto vulnerable del corazón de Cassie, que llegó a quererla tal que si fuera su hija.

Sin embargo, Cassie no pudo evitar que aquella criatura se entregara, como una loca, a los placeres del opio. Ella sabía encontrarlo siempre, y en cuanto Cassie se descuidaba, ya estaba su protegida sumida en los sueños del perfume agotador.

De aquí nacía la decisión de Cassie de no intervenir nunca más en los negocios de enviar opio a Inglaterra. Veía en la niña, que quería como a una hija, los efectos desastrosos de aquel perfume y se daba cuenta de todo el mal que, ella y su socio y los que con ellos intervenían en el negocio, estaban causando a gentes lejanas y desconocidas.

Al ver a su protegida de aquel modo, la zarandeó para que abriese los ojos, y cuando los abrió le preguntó:

—¿Dónde has conseguido el opio ahora?

La muchacha no contestó. Tenía los ojos abiertos, pero estaba soñando. Cassie agregó:

—¿La China se ha apoderado de ti, chiquilla, pero no se va a quedar contigo!; Lo juro!

En seguida, decidida a llevar a cabo un plan que se le había ocurrido en aquel mismo momento, salió del dormitorio de su protegida, se encaminó a su habitación particular, sacó todos los trajes a que poco antes, hablando con su socio, había hecho referencia, los colocó encima de un cofre para que se viesen bien y salió a un pasillo desde el cual llamó a las camareras del café, mujeres ape-

tentes de lujo para dejar de ser camareras y convertirse en mujeres galantes.

Cuando las camareras subieron, Cassie les mostró los trajes, exclamando:

—¡Ahí están, muchachas! ¡Las vendo! ¡Hacedme una oferta!

Las camareras, todas, comenzaron a escoger. Pronto, cada una de ellas había escogido un traje. Cassie, pasando por ante ellas, decía:

«Yo pagué cien; te lo puedes llevar por cincuenta.

«Me costó ochenta; tuyo es por treinta y cinco.

«Dé por el noventa; llévate lo por cuarenta.»

Y los vendió todos a la mitad o a menos de la mitad del precio.

De pronto, la dueña del café, que había echado de menos a las camareras y que alguien le había dicho dónde se hallaban, irrumpió en la estancia de Cassie. Las camareras huyeron; quedaron solas la dueña del café y nuestra protagonista; se miraron con odio, con rencor, con rabia, con cólera. ¿Por qué? Difícil es saberlo. Muchas veces, especialmente entre mujeres, el odio tiene más raíces tan ocultas, que no es posible, de ningún modo, advertirlas.

La dueña del café dijo alguna palabra cargada de mala intención. Cassie, acercándose a ella, en tono de amenaza, contestó:

—¡Acuérdese usted de que yo no soy una de las muchachas de su cabaret!

Luego, abriendo la puerta, añadió:

—Así es que, váyase de aquí.

No se atrevió a replicar la dueña del café y salió.

Cassie, en seguida, cerró la puerta por dentro y se encaminó de nuevo al dormitorio de la pequeña fumadora de opio, llevando en la mano el

dinero que había obtenido de la venta de los trajes.

Una vez allí, hizo que su protegida abriese los ojos y le dijo:

—Dime, chiquilla: ¿te gustaría mucho volver a América, a tu casa?

—¡Oh, sí! — dijo la muchacha con una voz velada.

Cassie le mostró el dinero y añadió:

—¿Ves este dinero? Acabo de proporcionármelo. Pero no hay bastante. Voy a jugarlo todo en las próximas carreras de caballos, y estoy segura de que ganaré. Entonces, las dos nos vamos a ir a casa.

La muchacha se abrazó a su protectora. Formaron un grupo admirable, como el que puedan formar, con un abrazo benéfico de cariño, una madre y una hija.

Entretanto, arriba en las montañas, donde China es todavía la China de siglos sin cuento, la pequeña villa de Hang-Chow descansaba en el borde de los brillantes campos de amapolas.

Feliz en el descuidado abandono de su niñez, el pequeño Bruce, hijo del misionero inglés que enseñaba a los niños chinos a leer, correteaba por las calles de la villa haciendo amistades con otros niños, con algunos hombres y con todas las animales. Aquella criaturilla era la simpatía personificada. Con el único que no se había atrevido aún a hablar, era con el doctor Li, un tipo raro de chino a quien toda la villa, por miedo, respetaba.

La casa del doctor Li era la Meta de frecuentes y misteriosos visitantes. El doctor Li era el principal eslabón de la cadena de cuantos negociaban en el opio. El había sido el que facilitó esta sustancia a Cassie, cuando Cassie se ocupaba de aquel negocio. Ahora, desde que Cassie, «Princesa de

las amapolas», como los chinos la llamaban, se había negado a intervenir en aquellos asuntos, el doctor Li estaba muy disgustado.



Así se lo estaba diciendo, en su misteriosa morada, a Chang Wang, jefe de una tribu llamada de los Jhanzis, que eran los cultivadores del opio. Su jefe, pues, era el eslabón que completaba la cadena.

Cuando el doctor Li hubo explicado sus temores por la falta de la ayuda de Cassie, interrogó a su compinche acerca del ingeniero recién llegado, de quien ya tienen noticia nuestros lectores por la conversación habida entre Cassie y Julio Rapin.

El jefe de los Jhanzis contestó:

—¡Yo no sé nada!

Entonces el doctor Li dijo:

—El recién venido, hombre de raza blanca, guarda bien su lengua. Si se trata de un espiá, y no de un superintendente de la mina como pretende ser, yo no lo sé, ni veo tampoco, por el momento, la probabilidad de averiguarlo...

El jefe de los Jhanzis exclamó con voz colérica:

—Cien taels ha guardado usted mientras mi gente clama por su oro. ¿Quién es ese hombre de raza blanca que a usted, doctor Li, le hace hablar como un cobarde? ¿No hay probabilidad de averiguar quién es, dice usted? ¿Y qué nos importa? Lo que nos interesa es que no estorbe nuestro negocio. ¿Cuándo el doctor Li ha dudado de lo que debe hacerse en circunstancias como éstas?

El doctor Li no contestó nada. El ambiente de su casa se había cargado de extrañas resonancias. Miró a su compinche con mirada inquisitiva. El otro resistió su mirada y se la devolvió con igual encendida observación. Había, en aquellos cuatro ojos, un enorme caudal de odio, hijo de la avaricia.

II

Aquella noche, noche de luna clara, con esa claridad que sólo se conoce en Oriente, en las altas

montañas que rodean a la villa de Hang-Chow, se oyó el amenazante mensaje de los tambores. Es una vieja costumbre de los Jhanzis. Siempre que corren un peligro, en las altas horas de la noche cuelgan sus tambores de los árboles y avisan, dando en ellos fuertes portazos, a toda la tribu. Aquella noche tocaban en señal de descontento por la presencia, en la villa, de un extranjero, de un hombre de raza blanca.

Se ve que el jefe de la tribu y el doctor Li, después de la escena muda, cargada de odio, que hemos descrito, llegaron a un acuerdo para proceder contra el ingeniero, o lo que fuera, recién llegado de Inglaterra. Y que aquel toque de descontento de los Jhanzis no era nada más que el principio de un plan ideado por aquellos dos hombres cuya fría crueldad corría parejas con la avaricia que les empujaba a hacer el comercio del opio con negociantes de un lejano país en el que la venta de esta sustancia estaba prohibida. Eran, pues, contrabandistas y por pasar su contrabando no retrocedían ni ante el crimen.

A medida que la luna fué ascendiendo y dando mayor claridad aún a los campos, completamente cubiertos de amapolas, más retumbaba el solemne y siniestro ruido de los tambores, penetrando hasta en los últimos rincones de las casas de la villa, entrando en los perfumados recintos de los jardines, llegando a los oídos de los más indiferentes y rodeando a la ciudad tal que si fuera una esclava a la que se trata de castigar. Aquel ruido amenazante tenía ecos verdaderamente aterradores.

El doctor Li oía desde su casa, con una helada sonrisa, aquella música macabra. Miraba, en tanto, como embebecido, por una vidriera, su jardín, en el que había rosas de ámbar y estrellados jazmi-

nes. En un rincón del jardín, lejos de la mirada del doctor, se hallaba el mayor tesoro de cuantos tenía, su hija, llamada Ming Wong, adolescente encantadora que, de la raza china, era una belleza singular.

También ella oía, estremeciéndose, el siniestro ruido de los tambores. Sin embargo, no les hacía mucho caso. Tampoco reparaba en la belleza y la fragancia de las flores que había a su alrededor: porque todos sus pensamientos, sin ella poder evitarlo, estaban en la mina cuya entrada, al pie de la montaña, estaba cerca de su casa; o mejor, no en la mina, sino en el ingeniero, que había venido a abrirla de nuevo, después de haber estado cerrada largo tiempo a causa de una catástrofe.

La bella muchacha china había visto al supuesto ingeniero inglés el mismo día que éste llegó, y en seguida que lo vio sintió hacia él, por modo espontáneo, una simpatía tan profunda cuanto cariñosa. La hija del doctor Li estaba muy cercana al enamoramiento. Y se había enamorado, o acabaría por enamorarse, de un hombre al que su padre trataba de quitar de en medio, acaso con el crimen...

A la mañana siguiente aun continuaban resonando, en la ciudad, en el campo y en la montaña, los ruidos de los tambores.

Ming Wong, desde su jardín, se dispuso a ir hacia la mina para hablar con el extranjero. Ya había hablado con él más de una vez, viendo ella siempre a buscarle por propio impulso que no podía dominar. Y cada vez que celebraba una entrevista, salía más impresionada, más propicia al enamoramiento.

El capitán Jarvis, que así se llamaba el supuesto ingeniero, había ido a China para abrir la mina,

ello era cierto, pero esto no era nada más que un pretexto para no descubrir cuál era su verdadera misión. La cual consistía en averiguar cómo se hacía y quién lo hacía el comercio del opio, tráfico que estaba ocasionando grandes perjuicios morales a Inglaterra, teniendo poderes muy amplios para obrar contra los traficantes cuando hubiera averiguado quiénes fuesen.

El doctor Li, Chang Wang y el socio de Cassie estaban en lo cierto al sospechar del ingeniero.

La mañana que la bella adolescente china se dirigía a la mina para ver al hombre a quien la empujaba una fuerza íntima y poderosa, antes que ella había salido con la misma dirección su padre, el doctor Li, que quería saber el efecto que la amonaza que se escondía tras el ruido de los tambores había causado en el ánimo del extranjero.

En una caseta de madera que había en la puerta de la mina, pero fuera de ella, respirando el aire libre y perfumado, se hallaban el capitán Jarvis, Jay Burke, único guardián de la mina desde que ésta hubo de cerrarse, y el pequeño hijo del misionero Bruce, que se había hecho gran amigo de aquellos dos hombres y pasaban con ellos, jugando, gran parte del día.

Al llegar el doctor Li, el capitán, que era un joven simpático y amable, se apresuró a salir a su encuentro. Jay Burke y el pequeño Bruce siguieron jugando, como si nada hubiese llegado, pero pronto hubieron de fijar su atención en la charla que el capitán y el doctor emprendieron, que estaba llena de asuntos de gran interés.

Después de los saludos de rigor, el doctor Li preguntó:

—¿Es cierto que ha venido usted para reanudar los trabajos de la mina?

—Sí, señor. He venido de Inglaterra expresamente con ese objeto. Pero tropiezo con muchas dificultades. No encuentro operarios. Los chinos de esta comarca no quieren venir a trabajar a la mina.

El pequeño Bruce, que escuchaba con mucha atención, interrogó a su amigo Burke:

—¿Necesita él chinos para la mina?

—Sí.

—¿Y no los encuentra?

—No.

Se quedó el muchacho muy pensativo, como buscando una solución para aquel conflicto. Luego sonrió, como si ya la hubiese encontrado. Pero no dijo nada.

El capitán y el doctor se miraron en silencio.

De súbito, como si hubieran estado esperando aquel instante para sonar con un ruido infernal, se oyeron a la vez todos los tambores del contorno.

—¿Oye usted esos tambores?—preguntó al capitán el doctor.

—Sí. Los he estado oyendo toda la noche.

—Pues son una amenaza para usted. Es un aviso para que no abra la mina y la amenaza de que si la abre recibirá por ello el castigo merecido.

—Como no es cosa que dependa de mi voluntad, no tengo más remedio que abrirla—afirmó el capitán.

El doctor, antes de contestar a esta afirmación, estuvo largo rato meditando.

Entretanto, por toda la ciudad comentaban las gentes el significado del ruido de los tambores.

Un chino pacífico decía:

—Los janzis amenazan atacar al capitán Jarvis si trata de abrir la mina.

—Sin duda—comentaba otro,—además de atacar al capitán, destruirán para siempre la mina.

Y seguían un sin fin de comentarios de esta especie, en los cuales la mina y el nombre del capitán se mezclaban como si ambos hubieran de correr la misma suerte.

El doctor, después de haber meditado mucho tiempo, se apresuró a despedirse. Pero antes de hacerlo, dijo al capitán:

—Yo quiero ser su amigo. Por esto he venido a avisarle del peligro que corre. Estoy seguro de que le atacarán. Sólo usted, renunciando al propósito que abriga, podrá evitar el ataque...

Las palabras del doctor Li eran suaves, pero hipócritas. Precisamente él, de acuerdo con el jefe de la tribu que amenazaba, eran los que habían planeado aquel ataque. El capitán, casi lo sospechaba así. Sin embargo, supo mostrarse muy agradecido a las advertencias del doctor.

Antes de que su padre se marchara, había llegado a la caseta de madera que había ante la puerta de la mina, junto a la cual había tenido efecto la escena transcrita, la bella Ming Wong. Pero al ver a su padre allí, procuró ocultarse para que ni éste ni nadie la viese. Y en cuanto el autor de sus días se hubo marchado, procuró aparecer ante el extranjero por el que se sentía atraída.

El capitán la vio en seguida y corrió hacia ella, con toda la amabilidad que en él era peculiar. Ming Wong, al verle ir hacia ella, tan atento y galante, sintió que su alma gozaba una alegría infinita. Se estremeció toda ella y no acertó a decir ni una palabra.

El capitán, a tiempo que le decía frases cariñosas, como las que se pueden decir a un niño, le dijo:

—Tú no debes venir aquí sola. Si tu padre lo supiese se disgustaría mucho...

Ming Wong no le contestó nada. Le miró solamente con una mirada larga y sostenida. Decía aquella mirada que la joven comprendía aquella razón del capitán, pero que había algo más fuerte que la razón que la hacía saltar por encima de todo.

Claramente leyó el capitán el significado de aquella mirada. Y redobló sus atenciones para la china en la que el amor había nacido con una fuerza y un fervor extraordinarios.

Ming Wong se despidió con un gesto. Cada vez se sentía más enamorada.

El guardián de la mina, Jay Burke, que conocía a Ming Wong desde que ésta era una niña, no tuvo hasta aquel día, viéndola hablar con el capitán, la revelación de que ya era una mujer. Pero una mujer deliciosa, bella, merecedora de ser amada. Se llevó las manos al rostro, como desesperado por su abandono. Tenía una barba de muchos días, sucia y descuidada. Sin tardanza entró en la caseta, buscó un espejo y se dispuso a realizar en su cabeza y en su rostro una limpieza total.

Ante la belleza de la china, Jay Burke se transformó. Debía afeitarse. Aun quizá no habría pasado la edad para amar. Tal es el efecto que hasta en los hombres más sumidos en el descuido causa la belleza de una mujer.

Por la tarde de este mismo día, en el Jockey Club inglés de Shanghai, se celebraba una importante carrera de caballos.

Cassie, desde el primer momento, se hallaba allí dispuesta a jugarse todo su dinero. Ganó en todas las primeras carreras, menos reñidas que

la última, para la que se reservaban los caballos más corredores y el premio más subido.

Antes de que empezara esta última carrera, Cassie, desde la tribuna, miraba a todas partes con inquietud. De vez en cuando, hablaba con su socio, Julio Rapin, que estaba a su lado.



—Este es mi día de suerte, ya lo ves—le dijo. —Todo mi dinero, pues, el que tenía y el que he ganado, lo he de poner en un caballo seguro, ahora en la última carrera.

En seguida, llamó a un empleado, de los que hacían el juego, y entregándole cuanto dinero tenía, le ordenó:

—Tome, colóquelo todo en el caballo Swallow.

Cuando el empleado se hubo marchado a cumplir aquella orden, Cassie dijo a su antipático socio:

—Si gano, y estoy segura de ganar, me des-

pido para siempre de China. ¡Qué ganas tengo de abandonar este país!

Julio Rapin, sin decir nada, abandonó la tribuna. Estaba sugestionado por las palabras de Cassie y por la seguridad que ella tenía en ganar. Y bajo el efecto de esta sugestión, fué a jugar también todo su dinero al caballo por el que había apostado, con tanta fe, la bella y extraordinaria mujer.

Volvió pronto, pero no dijo a Cassie qué había jugado. Se sentó a su lado en silencio y aguardó, con gran impaciencia, que comenzara y acabara la carrera.

Cuando ésta comenzó, lo mismo Cassie que Julio, estaban pálidos. Más aun ella que él. Y es que ella tenía puestas en la ganancia grandes y halagadoras esperanzas: las de huir y llevarse del infierno chino a su adolescente protegida.

Mientras Cassie presenciaba, inquieta, la carrera, los ojos de la ley la estaban vigilando. Cuatro policías se hallaban cerca de ella, sin perderla de vista. Y el jefe de ellos dijo, a manera de orden:

—Si gana, nos llevamos el dinero. Si pierde, tendremos que llevarnos los trajes.

Por estas palabras se comprenderá que había llegado el momento temido por Cassie. No habiendo podido pagar los trajes, la policía la perseguía para que los pagase o, en su defecto, para que los devolviera.

En tanto, la carrera iba a terminar y el caballo en el que Cassie había puesto todo su dinero no llevaba la delantera. Al comprobar este hecho, Cassie se puso más pálida aun. En su mente comenzaron a desvanecerse todas las esperanzas que había acariciado.

Por fin, terminó la carrera. Cassie había perdido. Cayó en su asiento poco menos que desvanecida. En seguida, se presentaron ante ella los cuatro policías, dispuestos a detenerla.

Se agrupó la gente, para averiguar qué era lo que sucedía. Y Cassie, aprovechando aquella circunstancia, saltó de su tribuna a la más cercana y huyó. La policía emprendió veloz carrera detrás de ella. Todas las demás gentes que había allí miraron sorprendidas aquel inesperado espectáculo.

III

Desde aquella hora, que era la media tarde, hasta el oscurecer, Cassie tuvo una carrera particular, suya solamente, llevando tras sí, a no muy larga distancia, a los cuatro policías.

Atravesó de aquel modo gran parte de la ciudad, hasta llegar al café donde vivía, que se hallaba, como hemos dicho, en un extremo apartado, en medio del laberinto de las calles estrechas y tortuosas.

Cuando al fin llegó a sus habitaciones, se encerró por dentro y se dejó caer en una silla, presa de un desánimo que corría parejas con su cansancio.

A poco, llegaron los policías y como ella se negara a abrir, amenazaron con echar abajo la puerta. Ella no hizo caso de aquella amenaza, pero viendo en seguida que, en efecto, hundirían la

puerta, la abrió y se puso ante los policías, con aquel gesto de arrogancia que era en ella peculiar.

—¿Qué desean?—preguntó, como si nada su-
piese.

El jefe echó mano de una orden, que estaba
escrita, naturalmente, en chino, y la leyó.

Era una orden de detención si Cassie no pa-
gaba los trajes o no los devolvía.

Con una tranquilidad pasmosa, Cassie se dis-
puso a mentir. Y gritó:

—Sálganse fuera y les entregaré el traje que
llevo puesto, que es el único que me queda. Los
demás los he devuelto esta mañana. Ustedes ten-
nían la obligación de haberse enterado.

La mentira era ésta. No era cierto que hubiese
devuelto los trajes. El lector sabe que los había
vendido. Pero ella quería alejar, siquiera fuese de
momento, a sus perseguidores, segura de que des-
pués encontraría cualquier solución para aquel
conflicto.

Como los policías no sabieran cuando ella se
lo ordenó, les empujó con violencia hasta echar-
les fuera. Y cuando hubo hecho esto, comenzó a
desnudarse y a tirarles por una rendija de la puerta
que ella misma abría, el vestido, la blusa, la ena-
gua, todas las prendas del traje que tenía que de-
volver. Y las tiraba con tal rabia, que muchas de
ellas no podían cogerlas los policías e iban a caer
en el café, con gran regocijo de los clientes y de
las camareras.

La dueña del café, al ver lo que ocurría, subió
para informarse de las causas de todo aquello. No
pudo llegar hasta las habitaciones de Cassie. La
policia volvía ya y la arrastraron escaleras abajo,
de paso que iban recogiendo todas las prendas lan-
zadas por Cassie.

Cassie, cuando ya hubo devuelto las ropas que
no le pertenecían, se puso, encima de lo que le
había quedado, una bata china. Cerró bien la puer-
ta y se dirigió al dormitorio de su protegida, que
estaba, como siempre, medio adormilada por el
opio.

Se acercó a la cama, acarició a la muchacha,
y luego le dijo:

—Todos nuestros planes de volver a casa se
han ido abajo, chiquilla. He jugado para ganar
lo necesario para el viaje, y he perdido cuanto di-
nero tenía.

La muchacha, sin contestar, volvió la cara ha-
cia el otro lado de la cama y comenzó a llorar con
desconsuelo. Cassie intentó consolarla. Era inútil.
Lloraba la pobre muchacha por la pérdida de una
esperanza que había acariciado con fervor.

Llamaron a la puerta con impaciencia. Cassie
salió del dormitorio para ir a ver quién llamaba.
Informada de que era su socio, Julio Rapia, abrió.

Entró el antipático negociante de opio, más pá-
lido que un muerto. Y dijo a Cassie:

—¡Dime! ¿Qué idea te dió de jugar todo tu
dinero a aquel caballo?

—Estaba segura de ganar.

—Sin embargo, has perdido. Y no es esto lo
peor. Lo peor es que yo, sugestionado por tu fe
en que ganarías, jugué también.

—¿Hiciste mi juego? ¿Has perdido?

—Sí, hice tu juego. ¿Que si he perdido? ¿He
perdido hasta la última moneda que tenía! No
tengo ahora mismo ni un céntimo.

—¿Y vienes a quejarte a mí? ¡Cállate, misera-
ble! Yo también lo he perdido todo, hasta mi
ropa.

Dicho esto, se sentó en una silla y ocultó su cabeza entre las manos.

Julio Rapin se extrañó de aquella actitud de Cassie y no dijo nada. Y como Cassie también permanecía en silencio, se oyeron claramente los sollozos de la muchacha que ya no podía volver a su casa.

Julio creyó que era Cassie la que sollozaba y su estupor fué, en verdad, extraordinario.

Pero Cassie levantó la cabeza, con el reflejo de una firme decisión en todo su rostro y especialmente en sus ojos, y Rapin pudo comprobar que no era ella la que lloraba.

Sin decir nada a su socio, Cassie volvió al dormitorio de su protegida. La acarició maternalmente, y luego le dijo:

—Oye, chiquilla; te prometí que te iba a llevar a tu casa. Pues bien, te voy a cumplir mi palabra. No sé todavía cuándo, pero muy pronto emprenderemos el viaje.

Dejó la muchacha de sollozar y abrazó a Cassie. Esta, una vez consolada aquella niña querida, salió de nuevo y, poniéndose delante de Rapin, afirmó:

—Hoy mismo salgo para Hang Chow para averiguar quién es ese inglés recién llegado. Conseguiré saberlo muy pronto. Y sea quien sea, yo lograré que no se oponga a nuestros planes. Estoy dispuesta a todo para conseguir el dinero que me hace falta para volver a América con esa criatura.

—Ahora has hablado como una persona razonable—murmuró Rapin con visible alegría.—Eso mismo es lo que hace un mes te vengo diciendo que debías hacer.

Quedaron de acuerdo para emprender el viaje

poco después, juntos. Y en seguida, Rapin se despidió para ir a preparar algunas cosas.

He aquí, pues, a Cassie que vuelve a intervenir en el feo negocio del opio, con el objetivo de salvar a una víctima del opio. He aquí que se deja ir *con la corriente* para oponerse a una muchacha que se iba a la tumba *con la corriente*.

No le quedaba otro remedio, para salvar a una niña, que hundirse ella, quien sabe hasta qué abismos, *con la corriente* dirigida por los negociantes en la droga perversa. Para salvar a una sola criatura, quizá procuraría que otras muchas, aficionándose al opio, cayeran, *con la corriente*, en el marasmo desvanecedor del perfume fatal.

Así el destino llena la vida de las criaturas de contradicciones. Cuando Cassie no pensaba nada más que en ganar dinero, poco le importaba intervenir en los negocios del opio. Después, cuando vió los efectos de la droga en una persona querida, se negó a seguir aquel comercio. Entonces, por salvar a aquella niña querida, volvía a tomar parte en el tráfico repugnante. ¿Tendría valor, en el momento preciso, de no seguir *con la corriente* impetuosa en la que nuevamente se veía obligada a poner su inteligencia?

Al día siguiente, Cassie y su socio llegaron a la villa de Hang Chow. Procuraron, con gran timo, que nadie se diera cuenta de su llegada, cosa difícil, pues que eran extranjeros y de raza blanca. Lo consiguieron, sin embargo, y llegaron, sin que nadie les viese, a la casa del doctor Li, que los recibió con una amabilidad verdaderamente excepcional.

—Cassie—dijo Julio Rapin al doctor, después de los saludos de rigor—descubrirá fácilmente quién es ese inglés. Para ello, naturalmente, se instalará

en el hotel, único medio de no inspirar sospechas. Yo también me instalaré allí, pero como si no la conociera. Usted, que ya ha tratado al inglés, procurará que él y Cassie tengan un encuentro casual.

—Perfectamente. Todo cuanto me ha dicho me parece muy bien y se llevará a cabo sin la menor dificultad.

Hablaron algo más, señalando detalles precisos del plan, y se despidieron.

Aquella misma noche quedaron instalados en el hotel, pero separadamente, y en horas distintas, Cassie y Rapin.

A la mañana siguiente, en las primeras horas, el pequeño Bruce, con todos los niños que iban a la escuela con él, se presentó ante la fachada del hotel, precisamente junto a la puerta que daba a las habitaciones de Cassie, muy cercanas a las del capitán, que era a quien iba buscando el pequeño Bruce.

Los niños, todos, iban provistos de herramientas: picos, palaquetas, hachas.

El pequeño Bruce los puso en fila y les ordenó que le aguardaran, que él iba a hablar con el capitán y a ofrecerle los servicios de todos. Como el muchacho había oído decir días antes que el capitán no podía abrir la mina por falta de trabajadores, había ideado que él y sus compañeros de colegio podían solventar aquella dificultad. De aquí que viniese con todos ellos y de que todos trajesen herramientas adecuadas para trabajar en la mina.

Mientras él fué a hablar con el capitán, los demás chicos formaron una gritería infernal. Tanto, que Cassie abrió la puerta de su habitación y les ordenó con malos modos que se marcharan de allí.

Se alejaron, pues, un poco, temerosos. Y cuando el que podríamos llamar jefe salió de hablar con el capitán y les preguntó por qué se habían retirado, varios de ellos contestaron:

—Una señorita blanca nos ha dicho que nos marcháramos.



El pequeño Bruce miró hacia dónde los chicos señalaban y no vio a nadie. Cassie había cerrado la puerta.

En esto, salió el capitán. Y el pequeño Bruce, presentándole a sus amigos, exclamó:

—¿No necesitaba usted mineros? Aquí estamos nosotros...

El capitán comenzó a acariciarlos a todos con verdadera efusión, especialmente al pequeño Bruce, que con aquel hecho le daba una enorme prueba de cariño.

Y los chiquillos, muy contentos, volvieron a formar mucho ruido.

Cassie, al oírles otra vez, abrió la puerta de nuevo para regañarlos más duramente. Pero al ver al capitán con ellos, cambió por completo la expresión de su rostro.

El capitán, dándose cuenta de la presencia de la joven, se descubrió y dijo:

—¿Le molestan a usted los niños?

—¡No! —contestó Cassie, riéndose.— Al contrario, me gustan mucho, de veras. Salía en este momento precisamente para ponerme a jugar con ellos.

Los niños, sorprendidos de aquel cambio de la señorita blanca, la miraron con desconfianza.

El pequeño Bruce, comprendiendo su deber, se alejó un poco con sus compañeros. Cassie se acercó al capitán. La casualidad le deparaba una entrevista con el hombre a quien quería arrancar una confesión, antes de que el doctor Li la dispusiera.

El capitán, naturalmente, se presentó:

—Yo soy Jarvis, el superintendente de una mina cercana.

Luego añadió:

—Le extrañará esta escena infantil. Es muy curiosa. Este niño —y señaló al pequeño Bruce— se enteró de que yo necesitaba mineros, y he aquí que ha venido, con sus compañeros de colegio, en mi ayuda...

Y rió satisfecho. También Cassie sonrió y, en seguida, se presentó, correspondiendo al capitán:

—Yo soy Lucille Preston, escritora norteamericana. He venido aquí buscando color local para una novela que pienso escribir de costumbres chinas.

El capitán, viendo que el pequeño Bruce y los demás niños estaban cohibidos, dijo al primero:

—Llévate tu ejército hacia la mina. Yo me reuniré con vosotros dentro de unos minutos.

Y cuando ya los niños se hubieron alejado, se volvió hacia Cassie y le dijo con amabilidad:

—Espero que nos hará usted una visita en la mina, algún día. Estoy seguro de que allí ha de encontrar suficiente color local para su obra.

Cassie agradeció la invitación y prometió ir, con una sonrisa gozosa, que el capitán, harto preocupado con sus asuntos, no advirtió.

Hablaron unas breves palabras más y el capitán se despidió para ir a reunirse con los niños, que le esperaban.

Cassie le vió alejarse sin dejar de mirarle. Difícilmente podría haberse averiguado el sentimiento que inspiraba aquella larga mirada de Cassie.

Sin darse ella cuenta, el doctor Li se le acercó. Había éste, desde el hotel, presenciado la entrevista, y estaba muy contento de que la casualidad, sin su intervención, la hubiese facilitado.

Cassie, al verle a su lado, fué a decir algo. Acaso la impresión que el capitán le había causado. Pero el doctor, con un gesto, le indicó que no hablara. Luego, en voz baja, le dijo:

—Las orejas de nuestros enemigos son largas. Será mejor que entremos en sus habitaciones para hablar.

Y lentamente volvieron al hotel, entraron en la habitación de Cassie y cerraron la puerta tras sí.

IV

Ya en la habitación, en pie los dos y observándose, el doctor a Cassie con una mirada inquisitiva, y Cassie al doctor con cierta actitud no exenta de repugnancia, que la inspiraba, y muy viva, el rostro inalterable de aquel chino de pura raza, estuvieron largo rato en silencio.

Por fin, Cassie habló primera, demandando a aquel hombre, de quien iba a ser instrumento, algún dinero que le era necesario.

—Yo nunca presto dinero a extraños — fué la respuesta del doctor Li.

—Pero yo no soy una extraña — murmuró Cassie.

—No lo es, cierto, pero para el caso es igual. Ahora bien, si ese inglés es el hombre que sospechamos, es decir, un agente de su Gobierno que viene a deshacer nuestros planes; si es eso y usted lo averigua, entonces será otra cosa.

—Si es eso, estoy segura de averiguarlo, y también estoy segura de salir adelante con mi plan.

—¿Cómo, con su plan? Aquí no hay más plan que el de todos. Digo, creo yo. Y cuando la Jeona sale de su madriguera, ha de hacer lo que le dicten las circunstancias. Las circunstancias, en este caso, son el plan común.

—¿Cómo se atreve usted a decirme lo que he de hacer? — exclamó Cassie con cólera nada disimulada.

—No le ordeno nada: le aconsejo. La fiera más feroz puede ser atrapada si confía demasiado en sí misma.

Cassie, ante esta reflexión, permaneció silenciosa. El doctor Li, con su peculiar calma imperturbable, agregó:

—La belleza es frágil; sin embargo, hace esclavos de los hombres más fuertes. Usted puede averiguar, sólo valiéndose de su belleza, todo lo que nosotros deseamos saber.

—¡Si ya lo sé todo eso! Ya he dicho que estoy segura de hacer confesar a ese hombre.

—Perfectamente. Eso nada más nos es preciso. Y suponiendo que ya no era necesario hablar más, el doctor Li se despidió.

Cassie, al quedar sola, meditó largo rato. Y el rostro del capitán se le aparecía a cada instante, con su sonrisa amable, con su simpatía, con el atractivo de su fineza y de su seriedad mesurada, que es todo lo contrario de la severidad.

Pasaron unos días, calmosos y tranquilos, con serenidad aparente en la superficie de la vida de todos los personajes de nuestro relato, pero con una fermentación poderosa, en lo último, de intrigas. También, en algunos de ellos, por debajo de la apariencia, había empezado a germinar cierto romanticismo. La hija del doctor Li, señaladamente, había caído por completo en ese estado de ánimo al que se da el nombre de romanticismo. Amaba en silencio al capitán e imaginaba las aventuras más extraordinarias para salvarle de peligros imaginarios. Lejos estaba ella de saber que su amado corría peligros reales, no menos terribles que los que ella se imaginaba.

Después de varios días de no haber ido a la mina para ver al capitán y oír sus palabras, como

consecuencia de lo que él le había dicho la última vez, no pudo ya por más tiempo dominar los impulsos de su corazón y se encaminó hacia el lugar donde el amado pasaba todo el día, es decir, a la caseta de madera que había en la entrada de la mina.

El capitán la recibió con las atenciones que siempre la recibía. Ella, gozando de oírse tratar de aquel modo tan amable, no decía ni una palabra. Tenía bastante con su alegría íntima que se reflejaba visiblemente a su rostro sereno y tranquilo como un lago.

Después de las palabras amables, el capitán, como siempre, le hizo algunas advertencias:

—Ming Wong, te he dicho que no vengas aquí sola, estando yo solo. Es peligroso para tu buen nombre; la gente ha de hablar de ello; ya eres casi una mujer...

Ming Wong, que no podía soportar su soledad lejos del capitán, se atrevió, por primera vez, a decir algunas palabras de justificación para sus hechos:

—Usted me trata a mí como los venerables padres de la villa tratan a los niños... ¡Y yo tengo ya quince años! ¡No soy una niña!

Rió el capitán al oír estas palabras ingenuas. Y luego, después de haber mirado a la bella muchacha con cariño que tenía mucho de paternal, agregó:

—Sin embargo, el venir tú aquí puede ocasionarte muchos disgustos... La gente murmurará. Y esto puede perjudicarte mucho. Por eso no debes venir más...

La joven estuvo a punto de gritar que nada le importaba lo que dijera la gente; que ella lo que quería era verle, estar a su lado. Se ruborizó de

estos pensamientos y se contuvo para no confesarlos. Como consecuencia, una gran pena se reflejó en su rostro.

El capitán, alegando que tenía algo que hacer en la mina, se despidió y se encaminó hacia la entrada de ella. Ming Wong dió la vuelta a la caseta para marcharse por el mismo sitio que solía ir, donde nunca encontraba a nadie. Pero al ir a retirarse de la caseta vió acercarse hacia aquella dirección a Cassie, a la que ya ella conocía muy bien y a la que llamaba «La Lila Blanca».

Tanto como por que Cassie no la encontrara, cuanto por saber a qué iba la joven extranjera allí, la hija del doctor Li procuró ocultarse de modo adecuado para poder observar lo que hiciera Cassie y para que ésta no se diera cuenta de su presencia.

Cassie, sin titubear, llegó a la caseta y, como la puerta estaba abierta, entró dentro, no obstante darse cuenta de que no había nadie, o mejor, contenta de ver que no había nadie. En seguida que se vió dentro, sola, comenzó a dirigir miradas inquisitivas a todo, como buscando alguna cosa que le dijera quién era el capitán Jarvis, que era lo que ella deseaba saber.

De pronto, advirtió que sobre la mesa había unas cartas, recién escritas por el capitán. Rápida, nerviosa, apresurada, se apoderó de aquellas cartas y fué leyendo los sobres con premura e impaciencia visibles. Al fin, una de aquellas cartas, dirigida a un ministerio, la hizo sonreír, no obstante hallarse pálida por la emoción de haber comprobado, tan pronto, las sospechas que ahrigaba. Pues no le cabía duda de que aquella carta a un ministerio no era otra cosa que un informe acerca del contrabando de opio.

Temblando de impaciencia, dobló aquella carta y la ocultó en su pecho, debajo del traje.

Bien ajena estaba Cassie de sospechar que alguien, con estupor y asombro, había presenciado aquella escena.

Ming Wong, desde una ventana, lo había visto todo. Y no sabía explicarse aquella actitud de Cassie.

Como creyera oír pasos, Ming Wong se alejó de la ventana, yendo hacia el otro lado de la caseta.

Los pasos eran del capitán que volvía de la mina. Pero como creía estar solo, andaba con calma, a pasos breves y como si meditara alguna cosa de mucho interés.

Mientras el capitán llegó a la caseta y sin que Ming Wong pudiese verla, pues que se había temido que alejar, Cassie cogió un sobre, lo puso en la máquina y escribió en él la dirección que había escrita en la carta que se llevaba. Luego, cogió un trozo de papel lo dobló, lo puso dentro y cerró el sobre, dejándole después mezclado con las demás cartas.

No hacía apenas un instante que las dejó sobre la mesa, cuando entró el capitán. Segundos antes la habría sorprendido.

Cassie, al oírle entrar, procuró no darse por enterada, pues casualmente estaba de espaldas a la puerta. Mortuamente para ella, pues de haber estado de frente, el capitán habría advertido cierta palidez y cierta nerviosidad que no había podido dominar.

Simulando de un modo perfecto la idea de que estaba sola, cogió unas flores que llevaba prendidas en la cintura y las colocó en un vaso con agua que había sobre la mesa.

En aquel momento, el capitán, creído también de que Cassie no se había dado cuenta de su llegada, saludó descubriéndose. Y Cassie, imitando con maestría una gran sorpresa, logró ruborizarse porque la hubiesen visto poner las flores—tan maestra era en simulaciones—y exclamó, para justificarse, como no percatándose de que sus palabras suponían una galantería:



—Pensé que unas flores, no muchas, pero si muy olorosas, alegrarían su oficina. Por eso las he traído.

—Gracias, señorita — contestó, agradecido, el capitán.

Siguió un diálogo pausado, de palabras cordiales y galantes. Ming Wong, que había vuelto a la ventana desde donde viera a Cassie apoderarse de una carta, indignada de la hipocresía de nuestra protagonista, y sin duda un poco celosa

también de ver que el capitán hablaba con ella de una manera amistosa, con las mismas atenciones que tenía para ella, o acaso más, pues que no tenía motivos para decirle que no volviera, como a ella se lo había dicho, se decidió a entrar en la caseta y a decir lo que había visto, segura de que con ello hacía un gran bien al capitán al que tanto quería.

Sin titubear, una vez que se hizo ese propósito, se presentó ante la puerta.

El capitán, al verla, se apresuró a salir a su encuentro con la firmeza con que siempre lo hacía. Y cuando estuvo junto a Ming Wong dijo a Cassie, a la que él conocía como señorita Preston, pues que este fué el nombre que Cassie le dió cuando se presentó a él:

—Señorita Preston, esta joven es Ming Wong, la hija del doctor Li.

Cassie, mirando detenidamente a la joven china, hizo una marcada reverencia.

Siguió un largo momento de silencio. De súbito, Ming Wong, señalando a Cassie, dijo al capitán:

—«La Lila Blanca» ha cogido hace poco una de las cartas que usted tenía sobre la mesa.

Palideció Cassie, pero sin que el capitán se diera cuenta.

Luego, el capitán preguntó a nuestra protagonista:

—¿Qué es lo que Ming Wong quiere decir? Cassie, con un gesto, dijo que lo ignoraba.

El capitán cogió las cartas, las contó y leyó los sobres. Como Cassie había puesto otra en lugar de la que se llevaba, estaban, naturalmente, todas. Al comprobarlo, se volvió hacia Ming Wong y le dijo:

—No, Ming Wong, estás equivocada. La señorita no ha cogido ninguna carta. Están todas. Por lo tanto, tienes que pedir perdón a la señorita.

—No puedo pedirle perdón—contestó con rara firmeza la linda muchacha.

Y se marchó sin decir nada más.

En cuanto Ming Wong se hubo alejado, el capitán se acercó a Cassie y le dijo:

—Déjeme que yo le pida perdón en nombre de la hija del doctor Li. Es una muchacha muy extraña. Yo mismo no puedo entenderla muchas veces.

Cassie sonrió complacida y aseguró, tranquila ya de que su hecho no había sido ni sería descubierto, que aquello no tenía la menor importancia y que ella, por cosa tan baladí no había de molestarle, ni menos guardar rencor a la muchacha china.

En seguida, después de breves palabras amistosas y cordiales, se despidió y se encaminó hacia el hotel.

Toda la escena anterior, desde el momento en que Ming Wong apareció en la puerta de la caseta, había sido presenciada, desde la misma ventana que había servido poco antes de observatorio a la hija del doctor Li, por Chang Wang, el jefe de la tribu de los Jüanzis y compinche del doctor en el tráfico del opio.

Así, pues, marchó, en cuanto Cassie se fué, y por distinto camino, a la casa del doctor para decirle cuanto había visto y oído.

Cassie, mientras se dirigía al hotel, iba pensando que su proceder con el capitán no era honrado. Claro es que pensaba esto porque había empezado a enamorarse del capitán. El comportamiento de éste con ella, sus atenciones, su amabi-

lidad, habían causado honda impresión en el ánimo de Cassie.

Todo esto, añadido a su horror al opio, nacido de haber visto su efecto en la niña a quien tanto quería, comenzó a cambiar por completo su manera de ser. Ella, que antes, con tal de ganar dinero, era capaz de todos los actos, ahora empezaba a tener ciertos escrúpulos.

Tanto barajó estos pensamientos en su mente, que se hizo el firme propósito de no ir con la corriente dispuesta por sus cómplices, sino de obrar por propia cuenta y según los dictados de su conciencia. De acuerdo con este propósito, tomó la firme determinación de no entregar el informe de que acababa de apoderarse.

Enterado el doctor Li, por su cómplice Chang Wang, de la acusación que su propia hija había lanzado contra Cassie, no le cupo la menor duda de que ésta tenía el informe.

En seguida, por lo tanto, se personó en el hotel. Pero Cassie le aseguró que no era cierto que tuviera el informe.

Por la noche, en su misteriosa casa, decidido a saber la verdad, el doctor hizo que su hija se presentara ante él, estando a su lado Chang Wang y Julio Rapin.

Cuando Ming Wong llegó ante su padre, serena como siempre, éste le dijo:

—Chang Wang te oyó esta tarde acusar a la señorita extranjera de haber cogido una carta del capitán. La señorita dice que no es cierto. ¿Quién dice la verdad?

—Si «La Lila Blanca» dice que no se llevó la carta, ello será verdad. Yo no le vi llevársela—contestó Ming Wong con calma.

—¿Desde cuándo—interrogó con cólera el doc-

tor—se ha dividido la lengua de Ming Wong para que ella no pueda mentir a su padre?

—Yo vi a «La Lila Blanca» coger la carta. No la vi dejarla después porque yo no estaba. Si se la llevó o no, yo no lo sé.

—Ming Wong dice la verdad—interrumpió Julio Rapin.—La que miente es Cassie. Estoy seguro de ello. Cassie se ha enamorado del capitán, sin duda. Y aunque le haya robado el informe, no nos lo entregará. Es probable que se lo haya robado para que, como sabe que nosotros lo necesitamos, no lo consigamos por nuestra cuenta.

—Pero ¿cómo puede ser eso?—preguntó el doctor?

—¿Que cómo puede ser? Muy sencillamente. Si Cassie se ha enamorado, todo es de esperar. Y sin duda se ha enamorado. Pasa todo el tiempo al lado del capitán.

—¡Mucha más razón para que mueran!—dijo Chang Wang.

—Cassie tiene el informe. Ello es seguro—exclamó Julio Rapin.—Pues bien—agregó,—ahora mismo voy a arrebatárselo, sea como sea.

Y salió como un ciclón.

V

Julio Rapin llegó al hotel y tuvo una entrevista con Cassie, que no dió el menor resultado.

En los días siguientes, aprovechando las ausencias de la joven, registró todos sus muebles, y has-

ta detrás de los cuadros y debajo de las alfombras. Inútilmente; no encontraba el informe.

En tanto, a medida que pasaban los días, Cassie buscaba en su corazón una respuesta a cierta pregunta que hubo de hacerse a poco de conocer al capitán. «¿Estoy enamorada?», era aquella pregunta. No sabía aún qué contestarse, pero casi estaba segura de que podía haberse contestado afirmativamente.

El hecho de que guardara tanto tiempo el informe, que tan inútilmente había buscado Rapiu, era buena prueba de ello.

Desesperados por no haber logrado informarse aún de quién era el capitán, el doctor Li y Chang Wang dieron nueva orden a la tribu de que éste era jefe, para que volvieran a tocar sus tambores en aviso de amenaza próxima.

La noche que por todas las montañas que circundaban la villa volvió a extenderse el ruido monótono de los tambores, el capitán, invitado por Cassie, pasó a las habitaciones de ésta para charlar sosegada y amistosamente.

A poco de estar juntos, hablando de cosas indiferentes, llegó hasta ellos, claro y amenazante, el sonido continuado y seco de un tambor cercano, colocado al pie de la montaña, colgado en un árbol y al cual los Jhanzis daban golpes terribles.

—Esos horribles tambores—dijo Cassie—tan tenebrosos, me hacen temblar.

—Son los Jhanzis de las montañas—contestó el capitán.—Están hablando, con el lenguaje de esos tambores, a toda la ciudad.

—¿Hablando?

—Hablando, sí. Es un lenguaje especial el de esos tambores. ¿No lo entiende usted?

—No. Nunca he oído ni una palabra respecto al particular.

—Los Jhanzis son fabricantes de opio. Ahora están inquietos porque saben que están vigilados. Esos tambores significan una amenaza para los que los vigilan. Eso es todo.

Cassie no acertó a decir nada. El capitán, después de un breve silencio, le preguntó:

—Señorita Preston, ¿no ha visto usted alguna vez a un habituado al opio?

—No—repuso Cassie.

Luego, acordándose de su protegida, agregó:

—He visto, sí, a los que lo fuman, que duermen perezosamente y se van consumiendo poco a poco y perdiendo la voluntad y el espíritu emprendedor.

—¡Pobres almas desamparadas!—dijo el capitán, emocionado. —¿Son dignas de compasión!

Cassie, a quien el recuerdo de la niña querida no abandonaba en aquellos momentos, y menos aún desde que el capitán hubo dicho aquellas estremecidas palabras de compasión, asintió con un gesto.

El capitán, con cólera mal contenida, añadió:

—Pero aquellos que fabrican y venden el opio, los que trafican en él, los que proporcionan esa droga mortal para aquellas criaturas merecedoras de compasión, son lo más ruin de la humanidad.

Cassie palideció, pero no dijo nada. El capitán, haciendo notar a la joven que el ruido de los tambores se iba aumentando, habló de nuevo.

—Esos tambores amenazan un ataque a la villa, si los habitantes de la villa no me obligan a que me marche.

—¿A que se marche usted? ¿Por qué?

—Porque yo soy un inspector del gobierno inglés, enviado aquí para destruir el terrible negocio.

Cassie, más pálida cada vez, pesarosa de saber aquello, ahora, no obstante haber ido a la villa para averiguarlo, dijo al capitán:

—¿Por qué me confiesa usted a mí eso?

—Porque yo sé que se lo puedo confiar a usted. Porque tengo absoluta confianza en usted.

Cassie lloró por dentro de pensar que días antes no habría sido merecedora de aquella prueba de confianza, que lo era también de cariño. Y se sentía, no obstante su palidez exterior, muy alegre, pues ahora ya nada importaba que ella supiera aquello, que, por saberlo, el capitán no corría ningún peligro, pues que ella a nadie había de decirlo. Por otra parte, tenía más motivos para la alegría: ella amaba al capitán y aquella confesión era prueba evidente de que también el capitán la amaba a ella.

Y como el ruido de los tambores siguiera, cada vez más amenazante, el capitán dijo:

—Señorita Preston, lo que va a ocurrir en esta villa va a ser una cosa muy seria. Sería mucho mejor que se marchara usted inmediatamente de aquí, donde acaso peligre su vida, como peligró la mía y la de todos los que somos de raza blanca.

—Yo no deseo irme. Quiero quedarme. De todos modos, meditaré su consejo.

Después de esto, estuvieron largo rato en silencio. El capitán, sonriendo amablemente, se despidió. Cassie le acompañó hasta la puerta.

Julio Rapin había llegado al hotel poco después de cuando el capitán hubo entrado en la habitación de Cassie. Y como se acercara allí, con el fin de hablar con Cassie, se dio cuenta de que ésta estaba hablando con el capitán. Se acercó, pues,

a la puerta para escuchar, y oyó, perfectamente, cuanto hablaron. Así, en cuanto el capitán hubo salido, irrumpió en la habitación y dijo a Cassie:

—¡Buen trabajo, amiga mía! ¡Le has hecho confesar de una manera admirable! ¡Ahora ya sabemos quién es! ¡Muy bien, Cassie, muy bien!

—¿A qué has venido aquí? ¿Quién te ha llamado?—repuso Cassie con cólera.



—He venido para conseguir ese informe. Además, cuando llegaba, sin querer, he oído vuestra charla. Todo va, pues, de la mejor manera posible.

Al oír, a su ya aborrecido socio, nombrar el informe, Cassie, involuntariamente, dirigió una mirada a un sofá en cuyo torzo lo tenía escondido.

Rapin sorprendió aquella mirada y comprendió su significado. Momentos después, aprovechó un descuido de Cassie y se abalanzó sobre el sofá apo-

derándose sin tardanza del deseado informe. Cuando Cassie quiso evitarlo, ya era tarde. El informe estaba en poder de su antipático socio de otro tiempo.

—¡ Dámelo! —gritó Cassie.

—¿ Que te lo dé? ¿ Para qué? ¿ Para que se lo devuelvas a él? ¿ Ca!

—¿ Qué inocente eres! —repuso Cassie con una sonrisa despreciativa.— No lo quiero para devolverlo. Si no fuese nada más que para eso, no lo necesitaría. Me bastaría decirle lo sucedido y él podría escribir otro.

—¿ Es verdad! —asintió Rapin.— Sin embargo, no te lo devuelvo. Por otra parte, no sé que interés tienes por ese capitán. Acuérdate de lo que él cree que son los que se dedican a la fabricación y venta del opio. Tú, Cassie, entras en esa opinión tan poco favorable que el capitán tiene de esas gentes, es decir, de nosotros.

—Pero yo he cambiado—dijo sin querer, Cassie, pues no quería descubrir su pensamiento a Rapin.

Este hizo como que no se había dado cuenta de aquella confesión. Y Cassie, arrepentida de haberla hecho, procuró hablar de otras cosas para hacer olvidar sus palabras anteriores.

Pero como estaba de muy mal humor, no acertaba a ponerse a tono con la charla que Rapin hubiera preferido. Terminaron por despedirse. Cassie, muy disgustada; Rapin, satisfecho porque ya tenía en su poder el informe.

La monótona amenaza de los tambores se estuvo oyendo toda la noche en la ciudad. Y Ming Wong, sabedora de lo que aquellos tambores decían, amparada por la blanca luz de la luna, se

dirigió al templo para rogar al poderoso Buda por el hombre a quien amaba. Arrodillada ante la imponente imagen del dios chino, Ming Wong estuvo más de una hora orando, entregada por entero, con toda su fe, a la oración encendida, en la que pedía que al hombre amado no le ocurriera ningún mal.

El rostro de la bella china, tan sereno de costumbre, tenía una dolorosa mueca originada por la pena que asacaba su alma delicada y sensible. De sus labios, con la oración a Buda, salían fervorosas palabras de amor para el capitán, palabras cariñosas y henchidas de emoción, palabras suaves como caricias y estremecidas de pasión. Nunca hombre alguno de raza blanca fué tan amado por una china. Había en aquel amor un caudal enorme de delicadeza, de ternura, de pasión, de entusiasmo, de fe, de espíritu de sacrificio.

Después de su larga oración, Ming Wong salió del templo más tranquila; parecía que se hubiese quitado un enorme peso de encima. Su fe le había dado la creencia de que al capitán no le ocurriría nada.

A la mañana siguiente, todavía seguían tocando los tambores. Se acercaba, pues, sin duda alguna ya, el ataque de la tribu a la villa.

Cassie se levantó con dos pensamientos fijos, con dos resoluciones tomadas tras larga meditación. Eran ellas: primera, no abandonar, de ningún modo, al capitán Jarvis; segunda, ir en seguida a decirle la verdad, toda la verdad respecto a ella.

Se vistió, pues, apresuradamente y salió del hotel para dirigirse a la mina. Por el camino, mientras iba al encuentro del capitán, deliberó aun más para asegurarse de si el paso que iba a dar era cer-

teco o no. Y cada vez se convencía más de que sólo aquél era el buen camino.

Pronto llegó a la caseta. Allí, como la montaña estaba más cerca, se oían mejor los tambores.

En la caseta, con el capitán, sólo estaba el pequeño Bruce, charlando muy razonadamente acerca de una multitud de cosas.

El capitán, al llegar Cassie, abandonó a su amiguito y corrió a saludar a la recién llegada. Luego del saludo, dijo:

—Espero, señorita Preston, que habrá decidido usted marcharse.

Antes de que Cassie contestara, el pequeño Bruce dijo en tono de reproche, dirigiéndose a ella:

Ming Wong dice que usted se llevó una carta de aquí.

Palideció un poco la joven y no acertó a decir nada, ni siquiera en contestación a lo que el capitán le había dicho de su marcha.

El capitán, dándose cuenta de la emoción de Cassie como consecuencia de las palabras del pequeño Bruce, para tranquilizarla, le dijo:

—Siento mucho, señorita Preston, que este asunto haya sido resucitado por las palabras de un niño inocente y que me quiere mucho.

Cassie, entonces, haciendo un esfuerzo, se dispuso a hablar, a decir lo que le había llevado allí a hora tan temprana, es decir, su propósito de no alejarse del capitán, y su confesión de quién era y cómo había obrado y la transformación que había tenido efecto en sus pensamientos y en sus sentimientos.

El capitán, advirtiendo que Cassie iba a hablar, no trató de interrumpirla. Esperaba las palabras de la joven. Y cuando ella movió los labios para empezar, a tiempo que sufría por lo doloroso de la

confesión que iba a hacer, hubo de callar: en la puerta de la caseta aparecieron Julio Rapin, Chang Wang y el doctor Li.



VI

Al aparecer en la caseta los tres traficantes en opio, Cassie, percatándose de lo que iba a suceder, miró al capitán durante largo rato, como pidiéndole comprensión para lo que ella había sido antes, ya que no pudo decirlo de palabra. El capitán, harto sorprendido de aquella visita inesperada, no se dio cuenta de la larga y cariñosa mirada de Cassie, ni tampoco de la actitud poco educada que traían los visitantes.

Hubo un largo silencio. Al fin, con voz seca, rápida, de negociante, Julio Rapin dijo:

—Capitán Jarvis, nosotros sabemos ya quién es usted y usted, sin duda, debe saber quiénes somos nosotros, ¿verdad?

—Lo sospecho—contestó el capitán.

—Bueno, pues no sospeche más; tenga la seguridad. Y con esa seguridad, claramente, vamos a plantear y a discutir el asunto.

—Señorita Preston—dijo el capitán a Cassie.—¿quiere usted dispensarme un momento?

Con un gesto indicó Cassie al capitán que estaba dispensado de todo para con ella.

Julio Rapin, cuando ya vió al capitán dispuesto a escucharle, dijo sin andarse con rodeos:

—Tenemos cien uels de opio que necesitamos enviar fuera de aquí; si usted se calla y no ve nada, participará usted en las ganancias del negocio.

De haber seguido su primer impulso, el capitán habría abofeteado a Rapin por aquella deshonrosa proposición. Sin embargo, logró dominarse, y no sólo no castigó al traficante, sino que ni siquiera le contestó. Se contentó con mirarle despreciativamente de arriba abajo y durante un largo rato.

Rapin, que comprendió todo el alcance de aquella mirada, estuvo confuso durante unos momentos. Luego, rehaciéndose, habló de nuevo:

—Si es el informe, capitán Jarvis, lo que le impide aceptar nuestra oferta, deseche toda duda. Ese informe no ha salido de aquí; obra en nuestro poder; nada saben, pues, en su país, de lo que ha hecho; nada sabrán tampoco de lo que haga.

Antes de que el capitán contestara, y era visible que se disponía a hacerlo, intervino el doctor Li y dijo:

—Capitán Jarvis, las tribus de las montañas

amenazan con una matanza. Salvará usted a millares de inocentes si permite que el cargamento de opio salga de aquí.

Aquella manera de mezclar el sentimentalismo y de apoyarse en él para justificar un negocio sucio, sacó al capitán de sus casillas. Miró al doctor Li con rabia y con desprecio, e igualmente a los demás. Luego, dirigiéndose a Rapin, preguntó:

—¿Dónde está el informe?

Julio Rapin, sin contestar, sacó de un bolsillo de su americana el informe y lo mostró al capitán. Éste preguntó de nuevo:

—¿Cómo ha llegado a su poder?

Rapin, y a un mismo tiempo Chang Wang y el doctor Li, miraron a Cassie acusándola. Aunque ni dijeron ni una palabra, el capitán comprendió, con profundo dolor, lo sucedido; se acordó de la acusación de Ming Wong, que ahora veía era cierta, y no se atrevió a mirar de frente a Cassie, para que ésta no advirtiera su turbación.

Alzó la mano después, con firmeza, y señaló la puerta a los tres visitantes. Era una orden de que salieran. Y tal impetu había en aquella orden, que los tres, sin decir nada más, salieron.

El capitán, cuando hubieron salido, no temió ya mostrar la enorme pena que le había causado la conducta de Cassie, ni el tremendo desengaño que había tenido y que le había producido una honda herida en el corazón. Con voz emocionada, dijo a nuestra protagonista:

—¡Señorita Preston, yo creía en usted! Terrible ha sido el golpe que acaban de asestarme con el descubrimiento de su comportamiento para conmigo. Y como ya sabe usted cuál es mi opinión acerca de las gentes que trafican en opio, lo mejor es que se vaya usted.

—Antes de que me vaya, por favor, déjeme que le explique...

—Es inútil toda explicación, créame.

He venido esta mañana expresamente para explicarme. Cuando iba a hacerlo, llegaron esos tres hombres.

—Quizá entonces la habría escuchado. Ahora, ya es tarde...

—¡Tarde!

—Sí, tarde. Despidámonos.

Cassie salió con el alma quebrada de pena. El amor, que por primera vez se había cruzado en su vida, con fuerza suficiente para salvarla de todo, se truncaba antes de afirmarse. No obstante su pena, iba dispuesta a realizar cualquier hazaña para ganarse el amor del capitán. No sabía aún qué es lo que haría, pero estaba segura de hacer algo con sobrada importancia para hacer olvidar su conducta anterior.

El capitán también quedó apenado, triste, meditabundo.

Como los tambores seguían enviando a la villa sus ruidos amenazadores, el capitán, después de un rato de meditación, se dispuso a hacer algo para oponerse a lo que se le venía encima. No sabía aún qué era lo que debía hacer, pero estando ya su situación clara ante los enemigos, sabía que no tenía otro remedio que prevenirse contra los peligros de que aquéllos le rodearían.

Entretanto, Ming Wong, que temía por la vida del capitán, también andaba buscando el medio de salvarle de una muerte segura.

Mientras su padre y compinches volvían de la mina, ella se encaminaba a la cabaña de Burke, el guardián. El cual, poco a poco, se había ido ena-

morando de la hija del doctor Li, pero sin que ésta tuviese la menor noticia de ello.

Ello empezó el día que la vió hablando con el capitán, cuando se dió cuenta de que sus barbas estaban muy crecidas. Desde aquel día, comenzó a afeitarse diariamente, a asecarse, a querer parecer más joven y más galante.



Al llegar Ming Wong a la cabaña, Burke estaba preparándose la comida, cantando al mismo tiempo una canción cuyo estribillo era:

«Yo te amo, yo te amo, yo te amo...»

Ming Wong dibujó una leve sonrisa en sus labios al oírle tan entregado a aquella trova madrileña.

Y Burke, al verla entrar, se confundió tanto,

que no sabía qué hacer: tal un adolescente cuando ve cerca de él a la mujer que ama.

Burke, con una reverencia muy siglo XVIII, ofreció una silla a la joven. Y ésta, apenas se hubo sentado, dijo:

—Si Ming Wong le necesita, ¿le ayudará usted?

—¡Yo haría cualquier cosa por usted, Ming Wong!

—Estaba segura de ello; por eso he venido en su busca.

—Gracias por esa seguridad que tenía en mí. Le aseguro que era completamente justificada.

—Bien, amigo mío; ahora, adiós. Ya le avisaré cuando le necesite, que acaso sea hoy mismo. Y salió.

Entretanto, habían llegado a la casa del doctor los tres visitantes del capitán. Y ya allí, el doctor dijo a Chang Wang:

—El capitán Jarvis, como usted ha visto, rehusa de un modo categórico nuestra oferta. Por lo tanto, que su gente avise a toda la tribu para que obliguen, con sus amenazas, a los habitantes de la villa, de que deben expulsar al capitán. Y si no hacen caso del aviso, que se apresten para el ataque.

—Si usted hace eso—dijo Cassie, que acababa de llegar,—yo también pelearé, pero no al lado de los Jhanzis.

—¿Cómo?—interrogó el doctor.

Y Cassie, temerosa de haber ido demasiado lejos guiada por su impulso, es decir, de haber desubierto con harta claridad su pensamiento, se enterró en un mutismo del que no lograron sacarle, por más que muchas veces lo intentaran.

Chang Wang se marchó y poco después, sin

duda porque había llegado a la montaña, comenzaron a sonar con más furia los tambores. Era un ruido infernal que retumbaba siniestramente en toda la villa. Claramente, aquel retumbar era amenaza de ataque, de saqueo, de muerte.

Los habitantes de la villa, que hasta entonces habían oído con indiferencia los tambores, pues que no suponían una amenaza declarada, en aquel momento, ciertos ya de lo que significaban, acudieron en tropel al templo para demandar la protección de Buda. Arrodillados en la puerta del templo, oraban, con visibles muestras de terror en sus rostros.

El capitán, que andaba buscando una solución para el peligro que se avecinaba, no sólo para él, sino para toda la villa, acertó a pasar por las cercanías del templo. Y al ver allí arrodillada a aquella muchedumbre, se percató de que la amenaza estaba más cercana aun de lo que él había supuesto. El hecho de que todos los habitantes de la villa estuviesen allí, y orando, era prueba evidente de ello.

Rápido, concibió un plan. Saltó por entre la gente y fué a colocarse en lo alto de una escalera, por la que se subía al templo. Y desde allí con voz estremecida de indignación, dirigió la palabra a la multitud. Sus frases eran encendidas. Puso en ellas todo el calor de su juventud y de su temperamento intentando así levantar el ánimo de aquellas gentes.

Luego de haber explicado todo el conflicto, y las causas por qué los Jhanzis iban a atacar a la ciudad, de cuyo intento daban aviso los tambores, el capitán dijo:

—¿Son ustedes hombres, o un rebaño de ovejas que tiembla ante el menor ruido? ¿Tan terrible es ese retumbar de los tambores, que os acobarda de

modo tan absoluto? ¿Acaso vuestras mujeres, vuestros hijos, vuestras casas no merecen que pelecéis hasta la muerte contra el que intente hacerles mal? Animo, habitantes de Hang-Chow, y a oponer una resistencia formidable a los que quieren atropellarlos. Yo no soy chino, ya lo veis. Sin embargo, me quedaré aquí, a vuestro lado, y pelearé con vosotros para imponer vuestro derecho a vivir tranquilos. Es preciso que entre todos exterminemos a esos demonios del opio, que no sólo destruyen con su droga a los hombres de otros países, sino que para traficar con ella quieren hoy destruirnos a vosotros, a vuestras mujeres, a vuestros hijos y a la propia ciudad en que vivís.

Animados por estas palabras del capitán, la multitud se desparió, dirigiéndose cada uno a su casa para proveerse de armas.

Desde la casa del doctor Li, cercana al templo, éste y Julio Rapin oyeron las palabras del capitán y se alarmaron al ver la actitud que la gente adoptaba, como consecuencia de ellas.

Cassie, irrumpiendo imprevistamente en la habitación en que los dos hombres se hallaban, dijo:

—He venido por el opio para lograr sacarlo de aquí gracias a la confusión que reina en la villa; estoy dispuesta a arriesgarlo todo por salvar el cargamento.

—Imposible— contestó Rapin.—Dártelo a ti después de lo que has hecho es imposible.

—Todo lo que he hecho es porque amaba al capitán. Pero ahora, como él no cree en mi amor, es diferente. Todo me es igual. Estoy dispuesta a todo, hasta a ir al infierno, si es preciso.

El doctor Li creyó que eran sinceras las palabras de Cassie y creyó conveniente entregarle el

opio. Julio Rapin accedió también. Le entregaron, pues, el pequeño cofre en que estaba la droga.

Rapin, cuando ya el opio estaba en poder de Cassie, dijo:

—Sé que no debíamos arriesgarnos a entregártelo. Sin embargo, ya lo tienes. Pero acuérdate: no dejaré de vigilarte ni un momento.

Entretanto, acabado ya su discurso, el capitán empezó a recorrer la villa y a todos los hombres que encontraba les decía:

—Váyanse tranquilamente a sus casas, armense y estén preparados para rechazar a los asaltadores cuando vengan.

Luego se dirigió a la cabaña de Burke y le dijo:

Los Jhanzis van a atacar en cuanto oscurezca a la villa. Vaya a escape a Siang Chow y notifique de mi parte, a la caballería inglesa, lo que sucede, para que vengan sin tardanza fuerzas que sofocuen la rebelión.

Salió Burke a cumplir el encargo del capitán, y éste volvió a la villa para estar al tanto de los acontecimientos.

Entretanto, el doctor Li, movido a duda por las palabras de desconfianza de Rapin respecto a Cassie, decía a su compinche:

—Acaso tenga usted razón en desconfiar. Quizá habiendo descubierto la falsedad de una persona, no sea lógico confiar en ella por segunda vez.

—Sin duda alguna, doctor—dijo Rapin.—Pero descuide. Cassie no podrá traicionarnos porque yo no me separaré de ella.

—Bien. Confío en usted.

Luego añadió:

—Obscúrese. Voy a dar la orden para que los Jhanzis comiencen su obra. Llame a mi criado y

digale que toque la campana. Es la señal convenida con Chang Wang. En seguida, pueden ustedes salir con el cargamento.

Se cumplió el mandato del doctor. Y en cuanto hubo sonado la campana, comenzaron a verse en las montañas que rodeaban a la villa, vivas llamas que alumbraban los rostros de millares de chinos medio salvajes, demonios de destrucción, que gritaban como locos y empezaron a avanzar hacia la ciudad como una avalancha de muerte.

VII

Momentos después comenzó, en los alrededores de la villa, la cruenta batalla. Y no pasó mucho tiempo sin que los Jhanzis arrollaran a los que se oponían a su paso y entraron en la ciudad comenzando a destruirlo y a quemarlo todo.

Poco después, la villa ardía por los cuatro costados. Quedaban aún por incendiar las casas del centro, adonde pronto, sin duda, llegarían.

El capitán, al frente de los habitantes de la villa, combatía con denuedo, gritaba, animaba, se multiplicaba yendo a todas partes para que se hiciera resistencia hasta que llegaran las tropas que había enviado a buscar.

Cassie y Rapin, aprovechando los primeros momentos de confusión, salieron de la casa del doctor con el cargamento de opio. Pero Cassie, que lo que se proponía era destruir la droga para

ganarse el afecto del capitán, procuró escapar de la vigilancia de su antiguo socio y huir.

Una lucha enconada que se verificaba en las cercanías de la casa del doctor, entre algunos habitantes de la ciudad y unos pocos Jhanzis, le dió ocasión para lograr su propósito; metiéndose entre ellos, escapó. Rapin la perdió de vista y des-



esperado de no hallarla, volvió a la casa del doctor, no para decir lo ocurrido, sino para resguardarse allí del peligro.

Con su carga de opio, ya sola, Cassie logró salir de la ciudad y esconderse en la cabaña de Burke. El refugio era incierto y poco seguro. Sin embargo, hubo de permanecer en él. Algunos Jhanzis que la habían visto huir la siguieron y comenzaron a intentar a abrir la puerta para apoderarse de ella. Ella, con un fusil que había en la cabaña, cargado—era de Burke que siempre vi-

vía preparado— hizo fuego contra sus perseguidores.

Estos, viendo que no podían derribar la puerta de la cabaña, volvieron a la villa para buscar refuerzos.

Cuando apenas se habían alejado, alguien volvió a llamar en la puerta. Cassie montó su fusil para disparar contra quien fuese. Súbitamente, cuando se disponía a tirar del gatillo, oyó una voz de niño. Abrió la puerta. Era el pequeño Bruce que, aterrorizado de lo que ocurría en la ciudad, se había lanzado al campo para resguardarse al lado de su amigo Burke.

Cassie le metió dentro y volvió a cerrar la puerta. En seguida, empezó, con calma en medio de la tempestad, a destruir el cargamento de opio.

Por las rendijas de la cabaña se veía el fuego que iba consumiendo a la ciudad. De vez en vez, se oían horribles explosiones. El niño temblaba; ella, sin hacerle caso, seguía en su tarea.

Entretanto, en la ciudad, el capitán, decidido a luchar, frente a frente con sus enemigos, se dirigió a la casa del doctor.

Ming Wong, que hacía ya rato que no había visto al capitán, que estaba segura de que habría sido el primero en morir en aquella revuelta, sabedora de que ella obedecía a intrigas de su padre, consideró que en lo sucesivo le sería imposible vivir. Y con esa tranquilidad de los diinos para el suicidio, sacó un largo puñal y se dispuso a atravesarse con él el corazón. En el momento que alzaba la mano para consumar el terrible sacrificio de su vida, todavía en flor, de su vida apenas llegada a la adolescencia, irrumpió en la estancia el capitán. Ming Wong, al verle, dejó caer la mano y le miró con un amor infinito,

El doctor y Rapin, que se hallaban en la estancia vecina, al percatarse de que alguien había entrado, acudieron. Y al ver allí al capitán, sin decir nada, Rapin, que adivinó para qué había venido, se abalanzó a él.

El doctor salió para no presenciar la lucha, seguro de que el capitán sería vencido, pues que Rapin era mucho más fuerte.

También lo comprendió así Ming Wong. Y para que ello no sucediera, pasó en una de las manos del capitán el puñal con que poco antes iba a suicidarse. Y, en seguida, para no ver la terrible escena que sobrevendría, abandonó la estancia.

Poco después, creyendo que todo habría terminado, volvió a la habitación. El capitán no había podido hacer uso del cuchillo. La lucha, pues, continuaba, cada vez más feroz y agotadora.

Entonces Ming Wong se acordó de la promesa de Burke y salió a escape de su casa y se encaminó a la cabaña de aquél para rogarle que viniese a salvar al capitán.

Cuando llegó a la cabaña y llamó, no obtuvo respuesta, pero oyó que alguien, dentro, cargaba un fusil y se disponía a hacer uso de él.

Gritó entonces:

—Soy yo; Ming Wong.

Cassie abrió. Ming Wong, emocionada, le dijo:

—¿Dónde está Burke? Venla a buscarle. Es preciso que acuda sin tardanza a mi casa.

—No está. Cuando yo he venido no estaba.

¿Para qué lo necesita?

—Van a matar allí al capitán.

—¿Cómo?

—Sí. En la casa de mi padre, el capitán está

luchando con aquel feo gigante a quien usted llama amigo.

—Voy a terminar de destruir el opio, y voy yo en seguida.

Ming Wong salió y se encaminó otra vez a su hogar. Cassie volvió a cerrar la puerta y continuó su tarea. Momentos después, los Jhanis que antes no habían podido abrir la cabaña y algunos más, la rodeaban.

Cassie, percatada de esto, se ocultó tras una pared de la chimenea y comenzó a disparar. El pequeño Bruce, asustado, corrió hacia ella y se abrazó a su cuello. Por más esfuerzos que Cassie hizo para desprenderle, no pudo. Hubo, pues, de seguir disparando con el niño abrazado a su cuello, primero malhumorada, luego con una clara sonrisa casi maternal en los labios.

Cassie, a la que el amor había transformado, se defendía con calma, clara señal de heroísmo.

Ming Wong, en cuanto hubo llegado a su casa, corrió a la habitación en que había dejado luchando al capitán con Rapin.

La lucha, aun continuaba. Ciertamente, Rapin era más fuerte, pero el capitán era más resistente. De modo que acaso fuera éste el vencedor. No obstante, no era posible saber cómo terminaría aquella feroz lucha.

Ming Wong no sabía qué hacer para ayudar a su amado.

De pronto, los dos luchadores, sin darse cuenta fueron a parar al lado de un balcón que estaba abierto. Y en una de las embestidas tenaces, hubieron de cogerse a los hierros para no caer a la calle. Los dos, a un mismo tiempo, se percataron de ello. Y pensaron en aprovecharse de aquella circunstancia. Es decir, nació en sus mentes la

idea de arrojar por allí al adversario para que se estrellara contra el suelo.

Un momento después, el capitán estaba en vilo. Ming Wong, suponiéndole ya muerto contra las piedras de la calle, cayó desvanecida.

El capitán no cayó; pudo evitarlo con un esfuerzo inaudito y lograr, al propio tiempo, que fuese Rapin el que cayera y se matara.



Terminada ya la lucha, el capitán acudió al lado de Ming Wong y comenzó a acariciarle la cabellera con cariño. Ella volvió en sí, a medias. Abrió los ojos, y dijo al capitán:

—«La Lila Blanca» no se fué con el opio. Al contrario, lo ha destruido. Vaya usted a su lado. Está en la cabaña de Burke y le ama a usted.

El capitán la miraba incrédulo. Ming Wong añadió:

—Sí, le ama a usted, yo lo sé. Ella salió de

aquí con el opio para destruirlo, lo que ha hecho, para darle una prueba de su afecto. Luego, quería salvarle a usted, y para ello había de venir aquí. Sin duda no ha venido porque los Jhanzis la han atrapado en la cabaña. Corra usted en su ayuda.

Por primera vez se dio cuenta el capitán de lo mucho que Ming Wong le amaba. Pues que hasta llegaba a sacrificar su amor porque sabía que él amaba a Cassie, en cuanto tuvo la seguridad de que también Cassie le amaba a él.

Posó sus labios en la frente de la joven y le dió un largo beso, henchido de cordialidad. Ming Wong, al sentirse besada por su amado, se adormiló feliz, como si estuviera bajo los efectos del opio.

El capitán salió para ir a la cabaña en socorro de Cassie. Las tropas inglesas habían llegado y los Jhanzis huían, prendiendo antes fuego a las pocas viviendas que quedaban sin arder.

Los Jhanzis que intentaban penetrar en la cabaña donde se hallaba Cassie, al darse cuenta de que habían llegado tropas, abandonaron su empeño, pero incendiaron la cabaña. Cuando el capitán llegó, creyó no poder salvar a la amada. Pero ella, desde dentro, hacía grandes esfuerzos por salir, lo que logró, llevando al pequeño Bruce en los brazos.

Ya fuera, rendida, cayó sobre el hombro del capitán, que la miraba con amor infinito.

Burke, en cuanto llegó de cumplir la orden del capitán, al ver lo que había sucedido en la villa, corrió a la casa del doctor para ver si le había ocurrido algo a Ming Wong. La encontró nuevamente desvanecida y empezó a acariciarla con todo el amor que había, para ella, en su alma.

Acaso aquellos dos seres estarían llamados a ser felices.

La villa seguía ardiendo. Y allá al lado de la cabaña, mirando las llamas a la luz de las cuales se había redimido, encontrando toda la pureza de su alma, Cassie Cook seguía abrazada al capitán, dejándose ir con la corriente impetuosa de amor que había despertado en su pecho, que otras corrientes menos puras habían falseado tanto tiempo.

FIN

Titulos de los cuadernos publicados

1. Robin de los bosques.—2. El sello de Cardí.—3. La agencia de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El firol.—8. Chiquillo y Chiquilin hospiciano.—9. Theodora.—10. ¡Qué tantos son los maridos!—11. Señal de amor.—12. Distracción de millonario.—13. La Duquesa Misterio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triángulo de la vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—18. Cobarde en apariencia.—19. El sello del silencio.—20. Su Majestad el Americano.—21. La voluntad de un hombre.—22. Besada.—23. Parodia de «Los tres mosqueteros».—24. Resibución.—25. Matrimonio accidentado.—26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El desquite de Garrison.—29. El jucespenso.—30. La Bohème.—31. El galito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Como un cuento de hadas.—34. Vidoco.—35. Las dos huérfanas.—36. Tess, en el país de las tempestades.—37. Violetas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Las dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A golpe tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un frac para dos.—46. Salomé.—47. El viejo aldo.—48. Una noche misteriosa.—49. Chiquilin, artista de circo.—50. Susana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terror!—53. La rosa de Flandes.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—56. Cazando el amor.—57. Entre naranjes.—58. De mala suerte.

Precio de cada ejemplar, 25 cénts.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

Publicaciones MEXICAL, Barbadá, 15, Apartado 925. Barcelona.

Nueva Colección de Postales-retratos DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS (FOTOGRAFIAS)

AGNES AIRS	PATLINA FREDERICK
ARBUCLER BOSCOE (Fatty)	ELIONOR PAIR
MARY ANDERSON	ELVIN PERSSON
ART ADORE	ALBO R. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANCINI	MAUDE GEORGE
FRANCESCA BERTINI	JAQUELINE GOSBON
ALICE BRADY	EDUARDO (Hoot) GIBSON
ENNY BENNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHARD BARCELMEB	CAROL HOLLOWAY
GEORGE BISCUIT	ESSIE HAYAKAWA
ALFRED BERNAT	WALTER HERS
MARGARITA CLARKE	HELEN HOLMES
JAWEL GARMEN	WILLIAM S. HART
HARRY CREEV (Cayana)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE CUNARD (Lucille Howa)	WANDA HAWLEY
JUNE CARRICE	GARET HUGES
JANE COLW	JACK HOXIE
AUBRETO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NAECYA CAPRI	ALICE JOYCE
IRENE CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	ROMOULTE JOURS
CHARLES CHAPLIN (Charlot), pai- saje	MARIA JACOBINI
LON CHANEY	MADGE KENNEDY
ELENA CHADWICH	BUSTER KEATON (Pauplinas)
LUCE DORAIN	DORIS KERNYON
HEBE DANIELS (Hebe)	MOLLIE KING
DOROTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DARBY	TILDO KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KERRY
KATHINE MAC DONALD	DIANA KARRANE
WILLIAM DUNCAN	NATALIA KOWANEO
CAROL DRYSTER	CLARA KIMBALL
EACHER DAVERIS	LOISE LOVELLY
PRISCILLA DEAN	BERT LUTELL
REGINALD DEMI	ROMO K. LINCOLN
WILLIE DOVE	ESSIE LOVE
KENIA DESNI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VICTORIA LEPANTO
MIR DU-PON	ETHEL LEWIS
MAXINE ELLIOT	HAROLD LLOYD (Ed)
MARGARITE FISHER	MARGARET LIVINGSTON
FRANCIS FORD (Coole Hoot)	LUISA LOIRAINE
WILLIAM FARNUM	ANNA LITTLE
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAX LINDRE
GERALDINA FARBAR	MAR MURRAY
	BLANCHE MONTIL

MACISTE
 GINETE MADDIE
 THOMAS MICHAM
 ANTONIO MORRNO
 LYA MARA
 JACK MULHALL
 TOM MOORE
 M. MATHS
 TOM MIX
 SHIRLEY MASON
 GASTON MITCHELL
 MAE MARSH
 MARY MILLS MINTER
 MARGARET MARSH
 SANDRA MILONAVOFF
 CHARLES MAOK
 FRANK MAYO
 POLA NEGRI
 ALLA NAZIMOVA
 RENEE NAVARRA
 MARIE NORMAND
 ANA Q. NILSON
 SONA OWEN
 MARIA OSBORNE
 LIVIO PAVANELLI
 DOMIS PAWN
 RILEN PERCY
 JACK PICKFORD
 RUDIE POLO
 BABY PAGE
 MARY PICKFORD
 MARY PHILBIN
 MARIE PRYVOST
 JEAN PAGE
 ENNY POPPEN

PRINCE (Salustiano)
 ROUSE PETERS
 WILL ROGERS
 WILLIAM RUSSELL
 WALLACE BRID
 CAMILO DE RISO
 HERBERT RAWLINSON
 RUTH ROLAND
 CHARLES RAY
 JOE RYAN
 FRITZI RITGEWAY
 MARCELLE ROLLET
 M. RINSCKI
 PATSI RUTH MILLER
 PAULINE STARK
 GUSTAVO SERENA
 LARRY SIMON
 GLORIA SWANSON
 ANITA STEWAR
 CLARINE SELWYEND
 MADLAINE TRAVERS
 OLIVE THOMAS
 NORMA TALMADGE
 CONSTANCE TALMADGE
 ALICE TERRY
 VERA VERGANI
 VIRGINIA YALLI
 RODOLFO VALENTINO
 FANNIE WARD
 PEARL WHITE
 GEORGE WALSH
 MARIE WALCAMP
 BEN WILSON
 CLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro Postal a **Publicaciones Mundial.**—Apartado 925, Barcelona.



FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10' — pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5' — "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3' — "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4' — "
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3' — "
Mode de Paris	"	3' — "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6' — "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3' — "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5' — "
Patrons Favoris Blouses	"	5' — "
Patrons Favoris Enfants	"	3' — "
Patrons Favoris Lingerie	"	5' — "
Patrons Favoris Gentlemen	"	5' — "
Fashions	"	5' — "
Patrons Favoris Tailleur	"	5' — "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5' — "
Paris Chic	Mensual	5' — "
Toilettes d'enfants	Temporada	3'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4' — "

Estos títulos no necesitan anuncio: figuran a la cabeza de sus similitudes y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores correspondientes y librerías.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbadá, 15, Apartado 925 — Barcelona